

SECCIÓN INTERNACIONAL  
LAS DINÁMICAS DEL HORMIGUERO.  
CULTURA Y ACUERDO DE PAZ EN COLOMBIA

GERMÁN REY

---

Estudios de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de la Maestría de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Fue Asesor del Ministerio de Cultura de Colombia y de la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá. Relator del Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica *La palabra y el silencio. La violencia contra periodistas en Colombia (1977-2015)*.

El conflicto armado colombiano ha sido una inmensa tragedia cultural por varios motivos: porque rompió los vínculos de numerosas comunidades, especialmente en las regiones; porque tuvo una duración que lo hizo el más antiguo del hemisferio occidental, convirtiendo su extrema duración en un desangre de años; y porque se ensañó con campesinos, pueblos indígenas, afrocolombianos, raizales y rom con una persistencia desoladora. Pero también porque la diversidad de sus perpetradores coincidió en sembrar el miedo, romper los lazos afectivos, silenciar las voces y extrañar de sus territorios a los pobladores en una gran operación de despojo y expulsión.

Si la cultura tiene que ver con la afirmación de los lazos, la pertenencia, el arraigo o las identidades, todos ellos se vieron fracturados durante este más de medio siglo, de una manera pertinaz y sin tregua. Y si se relaciona con las memorias individuales y colectivas, las identidades, la comunicación, las creencias y el mundo simbólico, todos ellos fueron socavados constantemente por las diferentes formas de violencia.

“No hay documento de cultura que no lo sea al mismo tiempo de barbarie” (p. 309)<sup>1</sup> escribió Walter Benjamin. En sentido aparentemente contrario, la barbarie suele expresarse también en rituales, ceremonias y gestos culturales, “de una procedencia en la que no puede pensar sin horror” (p. 309)<sup>2</sup>. Pero mientras se rompían todas estas dimensiones de la cultura, surgía –con dificultades, pero persistencia– un movimiento cultural de resistencia; afloraban prácticas que buscaban enfrentar a las estrategias de sometimiento y silencio; se fortalecían formas expresivas a través de las cuales los pobladores se oponían a las versiones construidas por los guerreros. Es decir, que si el conflicto interno colombiano mostraba indudables comprobaciones del desastre cultural ocasionado en las comunidades, también generaba a la par unas conmociones simbólicas que trazaban sus propios recorridos reconocidos por los habitantes de las zonas asoladas por la guerra.

Este balance o desbalance, si se le quiere ver asimétrico, fue una característica de la violencia surgida durante estas décadas. Lo curioso es que el proceso de negociación no alcanzó a reconocer plenamente el significado y la amplitud de esta fractura profunda que vivió la sociedad colombiana. Y quizás no lo pudo hacer ni el Estado ni la guerrilla de las FARC, porque ambos continuaban una tradición colombiana de aplazamiento de lo cultural, de reducción de los problemas culturales en la agenda general del país, fuertemente marcada y sesgada por lo político.

### **La cultura desperdigada**

Al leer las más de 300 páginas de los Acuerdos de La Habana/Teatro Colón, se puede reconstruir pacientemente la visión cultural de la negociación. Es una labor “paciente” porque no existe un capítulo específico sobre el tema, sino que la reflexión cultural está desperdigada por el texto a través de algunas categorías que son relativamente fáciles de percibir. Una de ellas es la de los derechos culturales, que se agrega al conjunto de los derechos políticos, sociales y económicos que tienen muchas más concreciones en el texto y con los cuales a veces se intentan algunas relaciones interesantes y necesarias, aunque no suficientes. Una segunda categoría es la que conecta cultura con territorio. El territorio es habitado, pero también imaginado, sentido, cantado o representado, y es una de las interiorizaciones más fundamentales de la cultura en el ser humano.

La tercera categoría es el reconocimiento explícito y frecuente de las comunidades indígenas, afrocolombianas, raizales, rom y LGTBI. La cuarta es la relación entre la cultura y los enfoques diferencial, territorial y de género, que se mencionan asiduamente a través del Acuerdo.

La quinta categoría hace un especial énfasis en la situación de los medios de comunicación comunitarios y regionales, y sobre todo en las garantías que las FARC tendrán en este campo. Finalmente, una sexta categoría es la insistencia en la creación de una “cultura de paz”, de una “cultura política”.

### **Sin proyecto y sin presupuesto: la gestión estatal de la cultura en tiempos de posconflicto**

La discusión sobre la cultura y la paz tiene otros ámbitos sociales e institucionales, como su relación con el posconflicto y la participación de entidades estatales en la fase de implementación del Acuerdo. No todo ha sido tranquilo en esta transición en materia de cultura, porque el problema ya venía de atrás. La administración del Ministerio de Cultura en los últimos 8 años ha tenido una visión particular y reducida de su aporte

1

Benjamin, W. (2008). Sobre el concepto de la historia. *En Obras I*, vol. 2. Madrid: Abada.

2

Ibid.

al posconflicto, que básicamente se podría definir como la orientación de los programas culturales ya existentes a las zonas y los actores del conflicto. Es decir, la consideración del aporte de la cultura a la paz como un problema de geografía y de adecuación pragmática de la intervención del Estado a unos determinados sujetos, pero no como una visión integral, prospectiva y crítica de la tragedia cultural que ha vivido el país, y los retos que se abren a partir de los acuerdos alcanzados y de las necesidades que existen y que demandan respuestas más allá de ellos. No ha habido un proyecto coherente e intencionado –pero sobre todo participativo– para pensar y llevar a cabo la intervención del Estado. Todo ello además por una razón sencilla: tampoco han existido ni debates ni movimientos colectivos de participación de la sociedad en el diseño, planeación y ejecución de un proyecto cultural estrechamente articulado con la paz. Esta ausencia es aún más profunda. Durante el gobierno Santos (2010-2018), el Ministerio de Cultura renunció explícitamente a estimular un Plan Nacional de Cultura con una amplia participación e interacción regional, un tema en el que Colombia había tenido una importante tradición. Sólo algunas ciudades como Bogotá, Medellín, Cali o Manizales continuaron en la tradición por iniciativa de sus gobiernos locales y, en algunos casos, con la ejecución de presupuestos –por lo menos en las dos primeras ciudades– comparables con el del Ministerio, que si bien creció durante algunos años de la última administración, fue descendiendo finalmente hasta enfrentarse con un recorte dramático que coincide paradójicamente con las necesidades acuciantes del posconflicto. A la ausencia de proyecto se une un preocupante recorte presupuestal.

De esta manera se encuentran las orientaciones culturales del Acuerdo de Paz con la gestión pública de la cultura, particularmente con la que se da en la estructura estatal del orden nacional. Ambas coinciden en una visión restringida y elitista de lo cultural en los procesos de paz y posconflicto.

### **Las dinámicas del hormiguero**

Pero el tejido de la cultura y de la gestión cultural de una sociedad no se restringe únicamente ni a los intereses de un grupo insurgente (la guerrilla de las FARC), ni a los procesos institucionales de la gestión estatal. Hay un real “hormiguero” (metáfora que utilizó Michel de Certeau para referirse a la cultura) que dinamiza la vida social y que tiene que ver con movimientos de resistencia cultural, organizaciones culturales no gubernamentales, colectivos de artistas,

grupos de gestión cultural, comunidades étnicas, asociaciones de creadores y, por supuesto, con procesos, lugares, prácticas, instituciones, actores y acciones que intervienen en la construcción de nuevas relaciones entre paz, convivencia y vida cultural.

Es probablemente en este nivel donde se han dado en Colombia experiencias más interesantes de relación entre la cultura, la convivencia y la paz. Como ya se ha anotado, no son instancias recientes, sino que llevan muchos años proponiéndose en los territorios, buscando caminos de conexión con las sociedades locales, persistiendo con tenacidad en medio de una gran diversidad de violencias y logrando en muchos casos una sostenibilidad heroica por la actividad constante y denodada de varias generaciones.

Tienen la forma de lugares y prácticas de la memoria que se esparcen por diferentes zonas del país, anunciando y denunciando el dolor infringido por los victimarios; grupos que desde diversas prácticas artísticas han representado las fracturas vividas y las perspectivas de esperanza y paz a través de murales, grafitis, músicas, teatro, artes visuales, tejidos; medios de comunicación comunitarios que han sido en ocasiones los únicos que han mantenido canales de expresión en pueblos y zonas rurales dominadas por el silenciamiento; escuelas que han persistido en la creación de conocimiento, aun cuando estaban cercadas por la barbarie de los violentos; fiestas que celebraban la vida cuando se quería imponer a los pobladores las ceremonias de la muerte; rastros del patrimonio material e inmaterial que se conservaron de su destrucción en medio del peligro y el fuego cruzado, a partir de apropiaciones sociales que las preservaron y desarrollaron; comunidades indígenas que mantuvieron sus culturas frente a la feroz arremetida de narcos, guerrilla y el propio Estado; grupos de negros y raizales que en zonas alejadas y desprotegidas mantuvieron la riqueza de sus lenguas, tradiciones y estructuras de convivencia en medio de persecuciones y olvidos cómplices; fotógrafos como Jesús Abad Colorado, Steven Ferry, Federico Ríos o Álvaro Ybarra Zavala, que han hecho una reportería visual del país invisible y del dolor de sus víctimas; artistas como Doris Salcedo, Beatriz González, Miguel Ángel Rojas, José Alejandro Restrepo o Juan Manuel Echevarría, quienes han ofrecido una visión conmovedora de la guerra colombiana que permite explorar



la magnitud de la tragedia sufrida; colectivos de creación audiovisual que ayudaban a atravesar las barreras invisibles que separaban entre abismos de exclusión a los jóvenes de las comunas y los barrios populares; mujeres, como las de Mampurján, Trujillo, La Candelaria, que en medio del dolor mostraron una resiliencia hecha a pulso y la pusieron en murales, recuerdos y monumentos.

Todo este tejido denso y diverso, zurcido por grupos sociales y víctimas, gestores culturales, comunidades y artistas, es el que finalmente garantiza la relación entre la cultura y la paz. Es el que demuestra que más allá de los Acuerdos, firmados sobre el escenario de un teatro patrimonial, hay una vida cultural diversa y persistente, que de manera seguramente más viva, entrelaza el pasado de sufrimiento con el futuro de convivencia. ■

#### **Bibliografía**

Gobierno Nacional de Colombia, FARC-EP y países garantes. (2016). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. La Habana: autores.

Rey, G. (2016). Encuentros y desencuentros entre políticas de comunicación y políticas de cultura. En *Políticas de comunicación y cultura en Colombia* (pp. 105-129). Bogotá: Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana.

Taussig, M. (2014). *Belleza y violencia: una relación aún por entender*. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca.

Uribe, M. (1990). *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*. Bogotá: CINEP.